

Elena Fortún

# Celia en el mundo

Dibujos de Molina Gallent



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

# Índice

11	I
17	II
23	III
29	IV
35	V
42	VI
48	VII
54	VIII
61	IX
67	X
73	XI
79	XII
86	XIII
92	XIV
99	XV
106	XVI
112	XVII
118	XVIII
124	XIX
131	XX
137	XXI
143	XXII
150	XXIII
157	XXIV

164	XXV
171	XXVI
177	XXVII
183	XXVIII
189	XXIX
196	XXX
202	XXXI
208	XXXII
214	XXXIII
220	XXXIV
226	XXXV
232	XXXVI



*Ya no está Celia en el colegio. Su tío Rodrigo se la ha llevado a Madrid, a su casona triste y un poco desolada de la calle de Serrano, a vivir entre Maimón, el morito absurdo, y Basilides, con su lechuza.*

*Celia tiene nueve años. Va a ver «mundo» y a adquirir experiencias por su cuenta. La casa triste, los amigos de su tío, los paseos, las visitas, la peña del café, la playa del verano serán los lugares de sus aventuras.*

*Va a vivir mucho tiempo sin amigos de su edad. Sólo vosotros, los que la habéis seguido desde que tenía siete años, vais a asistir al desenvolvimiento de esta niña, que pronto dejará de serlo.*

*Aún la veréis pasar por extraordinarias aventuras, hasta acostumbrarse a vivir en este mundo, tan poco razonable, que llama a las cosas con nombres equivocados, habla con frases hechas, rechaza los cuentos de los niños y admite los que las personas mayores han inventado a capricho... Los ojos de Celia se van ensanchando de admiración. Oídla a ella.*

*Celia dice...*

# I



La casa de tío Rodrigo es grandota y destartalada. En ella vivimos, además del tío y yo, Maimón, el morito; Basíldes, la cocinera, con su lechuza, y mi gata *Pirracas*.

Según dice el tío, yo me estaba volviendo tonta en el colegio con las madres, y me ha traído a ver *mundo*.

No a ver el mundo, no, sino a ver *mundo*, que es otra cosa, de la que yo no había oído hablar nunca y que confundía con la Tierra.

—Tíito, no te enfades y escúchame. El mundo ya lo he visto, te lo aseguro. Era una bola grandísima que había en la clase de Geografía...

¿Creéis que me escucha? Pues no. Se pone como un demonio y no atiende lo que le digo.

—¡Si ya lo decía yo! ¡Si te estaban embruteciendo en ese colegio! ¡Ahora eres como una salvaje de la Polinesia!... Es cosa sabida. Al que no le da Dios hijos, el diablo le da sobrinos...



Y sigue gritando hasta que me asusto, o hago que me asusto y me echo a llorar. Entonces el tío se desespera.

—¡Vaya!... ¡El salvaje soy yo, que no sé tratar con criaturas! Ven aquí, hermosa, y no me hagas caso.

Me sienta en sus rodillas y ya, con más calma, hablamos.

—Tío, guapo. No quiero que te enfades. Yo seré buena y haré lo que quieras. ¿Que quieres que vea el *mundo*? Pues vamos a verlo, que a lo mejor me gusta.

—Claro, hija, claro. Tus padres han tenido la culpa de todo, por dejarte en aquel colegio de soldados...

—¿Soldados? No, tío, yo no he visto allí ningún soldado.

—Pues ¿qué me dijiste el día que te traje?

—¡Era una bobada de María Luisa! Además, lo dije para que no escandalizaras. ¡Como tienes ese genio!

—Bueno, soldados o monjas... A mí me da igual.

—Pues no se parecen en nada. ¡Bien se conoce que no las has visto!

—Ni ganas... Porque has de saber que a mí no me había escrito tu padre que te sacara de allí, y que yo iba a verte, sencillamente, a hacerte una visita.

—¿Sí? ¡Huy, lo que va a decir papá cuando lo sepa!

—Que diga lo que quiera. Yo no podía dejarte con aquella tropa... El jardinero me dijo que te habías escapado; tú, que te habías convertido en caracol; tu amiguita, que la madre era un soldado, y qué sé yo qué locuras más...

—Todo era mentira... Yo me acuerdo mucho de la madre San José.

—¡Bueno! ¡Estamos bien! Esto me pasa a mí por meterme a redentor... Yo aquí, fastidiado, y tus papaitos, en el otro mundo, papando moscas...

—¿Tú crees? ¿Es que hay muchas?

—¡Basíldes! —llama el tío—. Venga usted a vestir a la niña, que vamos a salir.

Porque el tío ha decidido que, para que yo vea mundo y me despabile, necesito salir con él a todas horas.

Basíldes viene refunfuñando y me viste.

—¡Buena tecla nos ha caído con la niña! ¡A la vejez, vi-ruelas, y sarampión con ellas!

Porque todas las cosas que dice Basíldes son así; pe-gan bien, pero no con lo que se habla.

Bajamos el tío y yo a la Castellana por la acera del sol. El tío dice:

—¡Corre, niña, corre delante de mí y no seas sosa! ¿No ves cómo juegan todas?

Yo no me atrevo a decirle que es porque van con sus hermanos y no solas, como yo.

Y corro... Al pasar junto a otras niñas, veo que me mi-ran extrañadas. Entonces hago como si fuera sola, muy

## VIII



Desde el día en que habló el tío con las señoras del Retiro, no hacía más que mirarme muy fijo.

–¿Te duele algo? –me preguntaba.

–No, títo, no me duele nada.

–Entonces, ¿por qué tienes mal color? ¿Te mareas?

–No, no. Yo no quiero marearme.

–No sé qué te encuentro en los ojos... ¿Estás triste? Cuando te traje del colegio te estabas riendo siempre.

–Claro... Es que aquí sois muy sosos.

El tío sacó de la biblioteca un librote muy grande, donde explica lo que son todas las enfermedades, y se estuvo leyendo una tarde entera, que llovía. Al anochecido llamó a Basíldes.

–Mañana dará usted a la niña una ducha bien fría en cuanto se levante. La pone usted de pie en el baño y hace usted caer sobre ella el agua de la regadera. ¿Ha comprendido?

## XIII



Llamó cuando estaba yo jugando en el pasillo con la gata. «¡Rrrr!», hizo el teléfono.

Y en seguida me figuré que era mamá.

-¿Eres tú, mamaíta?

-¿Y tú, eres Celia?

-Sí, yo soy Celia... ¿Y papá, está en casa? Dile que le quiero mucho... Vive un señor en el principal que se le parece mucho, y yo, siempre que me lo encuentro le miro, y me gustaría que él me mirara también, pero no me hace caso... El tío dice que no se parece... Es que el tío no se entera de casi nada... Ahora me ha comprado un vestido de pintas encarnadas, que no me gusta... Yo lo quería de rayitas, como el de una niña que va al Retiro... Hoy la lechuza se ha quemado una pata, y Basíledes le está poniendo compresas de alcohol... ¿No me dices nada, mamaíta?

-¡Pero si no me dejas!

## XXII



He conocido en la playa a todas las amigas de Paulette. Ninguna es tan bonita como ella, pero todas están mejor educadas que yo, y no reñimos casi nunca.

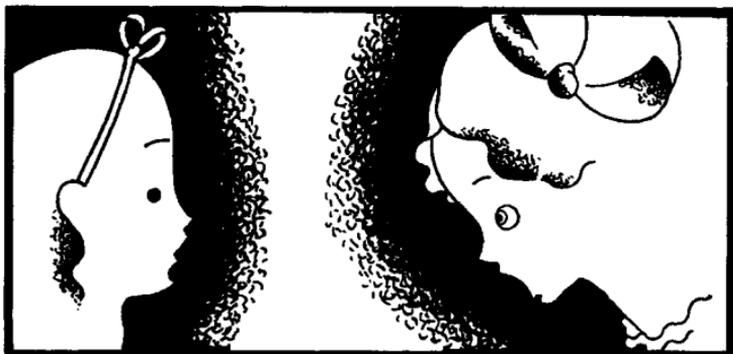
La mejor es Claude, y aún sería más simpática si no trajera a cuento a su hermano a todas horas. ¡Uf, qué pesada se pone!

Que vemos a un niño nadar muy bien, pues su hermano nada mucho mejor; que hablamos del bonito traje que estrena Andrés, ¡oh!, no tiene comparación con el que han hecho a su hermano este invierno. ¡Cómo juega al tenis Raymond! ¡A Raymond le gusta mucho el helado de piña! ¡Qué hermoso pelo tiene!

—Carabí, urí, urá... —le digo yo, y ella me mira como espantada.

—Pero ¿dónde está ese prodigio? —pregunté a Paulette que se reía de verme tan furiosa—. A ver, que lo traiga a la

## XXVI



Ya no hay gente en la playa, y algunas tardes hace frío; por eso, desde que se acabó el verano, hacemos excursiones a los pueblos que no tienen mar.

La tía Julia, que siempre se ha de meter en todo, se enfadó al saberlo.

—¡No sé yo por qué has de llevar a la niña a todas partes! ¿Qué tiene ella que hacer con las personas mayores? ¡Bien enterada debe de estar de todo lo que no le importa!

—¿Y dónde quieres que la deje, vamos a ver?

—Mándamela a casa. Allí estará mejor que en ninguna parte...

—¿Irá Paulette? —se me ocurrió preguntar. Pero la tía se puso furiosa.

—¿Yo qué tengo que ver con esa chica? ¿Es acaso mi sobrina?

Y, sin más, quedó convenido que yo no iría a la excursión del día siguiente..., porque a la tía se le antojó...